

un cándido y devoto monje, á quien ya cité otra vez, con tierna compasion: «¡Oh «mi pobre amada santa Isabel! mucho mas «que á tí misma me duele á mí tu miseria; «y siento en mi indignado pecho una jus- «ta cólera contra esos hombres ingratos é «incompasivos, á quienes tú perdonabas «de todo corazon! ¡Que no me hubiera yo «encontrado allí para darte posada á tí y á «los tuyos con la mejor voluntad del mun- «do! ¡cuán amantes cuidados me tomara «yo por tí, y cómo acudiera á todos tus ne- «cesidades! ¡Que á lo menos sea aceptable «á tus ojos este mi buen deseo; y cuando «en aquel dia terrible comparezca yo, solo «y abandonado de todos, en la presencia «de Dios, tenga la dicha de verte llegar á «mí y recibirme en las mansiones eternas!»

CAPÍTULO XIX.

Que el misericordiosísimo Jesús consoló á la amada santa Isabel, y la dulcísima y clementísima Virgen vino á instruirla y fortalecerla.

Ego, ego ipse consolabor vos.
(Isai. LI, 12).

Et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.
(Apoc. VIII, 17).

En medio de tantas tribulaciones Isabel no olvidó un punto que eran enviadas por la mano de Dios: léjos de dar entrada en su pecho á sentimientos de impaciencia y de queja, su única ocupacion era la oracion y todas las prácticas piadosas que con generosidad tan maternal ofrece la Iglesia á las almas afligidas; buscando sin cesar en estos ejercicios al Señor á quien no tardó en encontrar. El Señor vino á ella con toda la ternura de un padre, dispuesto á mudar en inefables consuelos aquellas pruebas tan noblemente aceptadas y sufridas. El que prometió *enjuagar cada una de las lágrimas* de sus escogidos, no podia echar en

olvido á su humilde sierva, á quien veía prosternada en su presencia bajo el peso de todos los dolores que pueden abrumar el alma de un mortal. No solamente enjugó las lágrimas de su sierva, sino que le abrió los ojos, y le permitió penetrar de antemano con su mirada en las regiones de eterna luz donde ya tenia señalado su asiento.

Mientras oraba de día y de noche postrada junto al altar, su alma fue recreada y refrigerada con visiones beatíficas y frecuentes revelaciones de la gloria y misericordia del cielo. Isentrudis, la mas querida de sus doncellas, que nunca se apartaba de ella, y habia querido ser su compañera en la miseria como lo fuera en el esplendor y prosperidad, ha referido á los jueces eclesiásticos todos los pormenores acerca de estas maravillosas consolaciones del cielo, segun los conservaba en la memoria. Observaba, dice, muchas veces que su señora caía en una especie de éxtasis, de que al principio ella misma no sabia darse cuenta. Sobre todo en un dia de Cuaresma, habiendo la Duquesa ido á oír misa, y hallándose arrodillada en la iglesia, cayó de improviso de espaldas contra la pared y

permaneció así por largo rato absorta y como levantada sobre la vida temporal en una contemplacion profunda, con los ojos inmóviles y fijos en el altar hasta despues de la comunión. Cuando volvió en sí, llevaba pintada en el semblante una imponderable dicha. Isentrudis, que no habia perdido uno solo de estos movimientos, la suplicó, en cuanto tuvo ocasion de hacerlo, se dignara revelar le la vision que sin duda ninguna tuvo entonces. Isabel muy alegre contestó: «No puedo referir á los hombres «lo que el Señor se ha dignado revelarme; «pero no quiero ocultarte que mi alma ha «sido inundada en la mas pura y dulce «alegría, y que el Señor me permitió ver «con los ojos del alma secretos admirables.»

Concluida la misa, se volvió para su misero albergue, tomó un alimento ligero, y sintiéndose abrumada por la debilidad y la fatiga, se tendió sobre un banco enfrente de la ventana con la cabeza apoyada en el pecho de Isentrudis. Creyó ésta que la Duquesa se hallaba algo indispuesta y queria dormir; pero observó que permaneciendo en la misma postura, tenia los ojos abiertos y miraba fijamente al cielo al través de

la ventana abierta ¹. Notó luego que se animaba su semblante, reflejándose en él una serenidad celestial y una honda y suprema alegría, así como en los labios un dulce y tierno sonreír ². Mas de allí á poco cerró los ojos, de los cuales salian arroyos de lágrimas ³; luego volvió á abrirlos y á mostrarse de nuevo alegre y risueña ⁴, y pronto otra vez llorosa; y en esta disposicion continuó hasta la hora de Completas, siempre con la cabeza apoyada sobre el corazón de su amiga, y presentando las mismas alternativas de gozo y tristeza; solo que parecia la alegría superior siempre al sentimiento opuesto ⁵, y mas duradera. Hacia

¹ Cum ad illud suum humile de ecclesia rediisset hospitium, permodicum valde sumpsit cibum. Post cibum debilis valde erat, erumpente sudore, in sinum Ysentrudis, tanquam ad quiescendum, se repit. (*Ibid.*).—Oculos defixos habebat versus fenestras apertas. (*Dict. IV Ancill.*).

² Serenata facie, magnaue hilaritate circumfusa dulcis in eius ore risus apparuit et iucundus. (*Theod.*).

³ Clausit oculos, fluebantque, tanquam rivi, ex ipsis lacrymae infinitae. (*Ibid.*).

⁴ Interveniente morula, apertis oculis laetus apparuit vultus ut prius, et in ore risus. (*Ibid.*).

⁵ Fletum clausis oculis et risum ipsis apertis alternando usque ad horam completorii. (*Ibid.*). Sed multo plus immorans iucunditati. (*Dict. IV Ancill.*).

el fin de este silencioso éxtasis, exclamó con acento de inefable ternura ¹: «Cierta-
«mente, Señor, que si Vos quereis ser con-
«migo, yo quiero tambien ser con Vos, y
«nunca jamás separarme de Vos.» Á los pocos instantes volvió en sí, é instada por Isentrudis á que explicase cómo era lo de haber unas veces llorado y otras reido, y qué significaban aquellas palabras que pronunciara; Isabel, siempre llena de humildad, trató todavía de ocultar los favores que habia recibido de Dios: pero cediendo al fin á las súplicas de aquella compañera que tanta fidelidad le tenia, y á quien ella amaba tanto: «He visto, dijo, los cielos «entreabiertos, y el misericordiosísimo Je-
«sús, mi Señor, se ha dignado bajarse has-
«ta mí, y consolarme en las grandes tribu-
«laciones que padezco ². Me ha hablado con
«imponderable dulzura; me ha llamado su
«hermana y amiga: me ha hecho ver á su
«amadisima madre María, y tambien á su

¹ In haec affectuosa verba prorupit... (*Theod.*).—Ita, Domine, si tu vis esse mecum, etc. (*Dict. IV Ancill.*).

² Dilectae dilectricis precibus respondit: «Vidi coelum apertum, et Dominum meum Iesum dulcissimum inclinantem se ad me, et consolateme de variis angustiis meis et tribulationibus...» (*Theod.*).

«amadísimo apóstol san Juan, que estaba
«con él. Al ver á mi divino Salvador, de-
«bió ser cuando me mostré alegre y risue-
«ña; y los lloros eran cuando al verle reti-
«rar á veces su rostro de mí, gemia yo
«pensando en la pobreza de mis mereci-
«mientos para conseguir contemplarle por
«mas tiempo. Mas él, compadecido de mí,
«todavía una vez mas se dignó dirigirme
«su celestial mirada, y me dijo: *Isabel, si
«tú quieres ser mía, yo quiero ser tuyo tam-
«bien, y nunca separarme de tí. Y yo res-
«pondí al punto: Sí, sí, Señor, quiero ser
«vuestra, serlo para siempre, no apartar-
«me jamás de Vos, dichosa ó desgracia-
«da* ¹.» Y desde entonces estas divinas pa-
labras se grabaron en su corazón á modo
de caracteres de llamas, ilustrando su alma
con celestiales resplandores. Este pacto
sagrado y union afectuosa é íntima con
Jesús, Dios de paz, padre de los pobres y
desdichados ², fue para ella como el tér-

¹ Qui misertus mei iterum vultum suum serenissimum ad me convertit, etc. (*Theod.*).—Cornelio Alápide cita esta vision de santa Isabel en el comentario sobre los Hechos apostólicos.

² Iesus, Deus pacis... pater pauperum... (*Lectanias*).

mino de su viudez, y cual nuevo é indisoluble desposorio con un esposo inmortal ¹.

Por lo demás, no fue esta la única vez que plugo al Señor darle muestras sensibles de su tierna y vigilante solicitud. Un día en que estuvo expuesta á sufrir de sus perseguidores una afrenta, no sabemos de qué especie, pero sí tan cruel que pudo trastornar á aquella alma, por lo comun tan mansa y resignada, buscó un refugio en la oración, pidiendo fervorosamente y con muchas lágrimas por todos los que la habian insultado, rogando al Señor se dignase enviarles tantos beneficios cuantas eran las injurias que de ellos recibiera ². Fatigada por lo intenso de su oracion, oyó una voz que decia: «Nunca oracion hiciste tan grata para mí, como esta que ahora me diriges, y que ha penetrado hasta el fondo de mi corazón. Por ella te perdono todos los pecados que cometiste du-

¹ O felix et firma pactio el fida desponsatio! (*Theod.*).—De esta manera la iniciaba Dios en ese estado del alma, que los místicos llaman la vida de union.

² Instantissime cum lacrymis rogare cepit... Ut pro qualibet iniuria unum gaudium rependere Deus dignaretur. (*Mss. Bolland. Bruzel.*).

«rante toda tu vida.» Y la voz se puso á enumerar todos estos pecados, diciendo: «Te perdono tal y tal pecado ¹.» Admirada Isabel, preguntó: «¿Quién sois Vos que así «me habláis?» Y la voz respondió: «Yo soy «aquel á cuyos piés se arrodilló María Magdalena en casa de Simon el leproso.» Mas adelante, desconsolada de no tener á su lado á su confesor ordinario, el Señor la designó por confesor al Santo que ella prefiriera en la infancia, y al cual siempre habia amado tanto, san Juan Evangelista. Aparecióse á ella el Apóstol del amor; y con él se confesó la Santa con tal puntualidad, decia ella, y tan gran confusion de sus faltas, cual nunca sintiera hasta entonces á los piés de ningun sacerdote: recibió igualmente una penitencia, y fueron tan tiernas y eficaces las exhortaciones que oyó de boca del Apóstol, que los males y achaques del cuerpo le parecieron tan aliviados como las llagas del alma.

Permitióle tambien el Salvador penetrar,

¹ Nunquam ullas orationes fecisti sic mihi gratias sicut istae fuerunt... Penetraverunt istae ad intima cordis mei. Quapropter ego parco omnibus peccatis tuis quae fecisti vel dixisti toto tempore vitae tuae. Et dinumerans omnia peccata sua, dicebat: Ego parco tui peccato tuo, etc. (*Ibid.*)

por medio de contemplaciones vivas y frecuentes, hasta los mas pequeños pormenores de su Pasion dolorosa. Por ejemplo: hallándose cierto dia orando con fervor, vió interiormente abrirse ante ella una mano resplandeciente de blancura y de luz, pero sumamente flaca, los dedos muy estirados y lacios, y en medio de la palma una cicatriz profunda: por esta última señal conoció ser la mano de Cristo la que veia, y admirándose de que estuviera tan descarnada y flaca, oyó al punto que la voz conocida le respondia: «Está de tal manera, porque de noche desfalecí por la oracion y la vigilia, y de dia por mis correrías al través de campiñas y ciudades predicando el reino de Dios.» Y como en otra ocasion viera tambien cuajada y turbia la sangre que brotara del costado abierto de Jesús, y se admirara de no ver ya esta sangre ni líquida ni pura; la misma voz le explicó, como era efecto del quebrantamiento de los miembros divinos, y de los atroces dolores que sufriera el Hijo de Dios al ver su cuerpo colgado en el madero.

Producian todas estas maravillosas visiones en el corazon tierno de Isabel un grandísimo dolor de sus culpas, cuya ex-

piacion tantos tormentos habia costado á la soberana Victima. Un dia que este pensamiento le hizo derramar lágrimas abundantes, vió aparecérsese el divino Consolador que le decia así: «Deja de atormentarte, porque todos tus pecados te fueron ya perdonados; de todos ellos pagué yo la pena en todos mis miembros y partes de mi ser por donde tú hayas podido ofender á tu Criador. Sabe, que estás limpia de todo pecado ¹.—Pues si de tal manera es, respondió Isabel, ¿cómo no puedo dejar de ofenderos?—Todavía, le contestaron, no te santifiqué hasta el punto de que no puedas ya pecar; pero te dí la gracia de amarme de tal suerte, que prefieras morir á pecar ².»

La humilde y delicada alma de Isabel,

¹ Die quadam dum peccata sua amarissime flet, apparuit ei consolator Iesus... Noli, carissima filia, amplius angustiari, quia omnia peccata sunt tibi dimissa. Ego enim in omnibus membris et locis et partibus fui afflictus in quibus offendisti Creatorem tuum. (*Ibid.*).

² Si, inquit, ita sanctificata sum, quare non possum cessare vos offendere?... Non te sanctificavi quod peccare non posses, sed ratione gratiae quam dedi tibi, qua me tam diligis ut mori magis eligas quam peccare. (*Ibid.*).

léjos de entregarse á una excesiva confianza en vista de tan insignes favores de su Dios, sacaba de ellos un nuevo motivo de humildad y de desprecio de sí misma, de desconfianza en sus propias fuerzas, y de exagerarse su propia indignidad. Mientras hollaba con firmeza las pruebas exteriores y las persecuciones tan crueles de que era objeto poco há, en los escrúpulos y terrores de su humildad hallaba manantial abundante de amargura. Pero velaba Dios por el tesoro de aquella vida y aquel corazón, á él tan exclusiva y generosamente ofrecidos y entregados; y como si hubiera querido hacer que su sierva gustara uno tras otro de todos los consuelos que son la herencia de sus hijos predilectos; cual si quisiera traerla á sí y unirselo con lazos los mas dulces y poderosos á la vez, la curacion de esta jóven alma abrumada de languidez, enferma y desolada por un exceso amor, amor cuyo exceso mismo la arrastraba á cometer algunas faltas contra la fe y la esperanza ¹, fue encomendada por él

¹ Fácil es comprender que ni Dios, que era su objeto amado, la arrastraba á cometer tales faltas, ni ella las cometía con plena deliberacion. Dios á nadie puede arrastrar á pecado alguno, por leve

al cuidado de aquella á quien todos los dias llamamos los Católicos salud de los enfermos, consuelo de los afligidos. De allí en adelante fue la Reina del cielo la mediana de todas las gracias y luces que plugo al divino Hijo derramar sobre aquella esposa suya, destinada para él y escogida desde la cuna. Tuvo María para nuestra Isabel las mismas bondades que habia dispensado á santa Brígida y otros Santos ilustres en la memoria de los cristianos, apareciéndose á ella muchas veces á fin de instruirla, alumbrarla y fortalecerla en los caminos á que por Dios habia sido llama-

que sea, y un alma tan amada de Dios y tan prendada de él no le ofende deliberadamente. Cualquiera comprenderá tambien que esas *faltas*, á mas de ser de pura fragilidad, serian sumamente ligeras; y que si el amor de Isabel para con Dios se llama excesivo, no es que lo fuese absolutamente, pues siendo Dios digno de un amor infinito, jamás podemos amarle con demasía. Solo se le llama excesivo con relacion al corazon del hombre mientras vive, pues alguna vez llegan en los Santos hasta tal punto sus ardores, que su limitado corazon no es ya susceptible de contener su extension é intension, segun exclamaba con frecuencia la fervorósima amante del Señor, santa Magdalena de Pazzis: *O amor, te amplius ferre non possum...* (Nota del Traductor).

da. Aquella que siempre llama la Iglesia *madre, soberana, guía y señora de todos los hombres*¹, no se desdeñaba de guiar todos y cada uno de los pasos de aquella jóven y humilde amiga de su Hijo. En los anales de la Orden franciscana², y principalmente en la preciosa coleccion de documentos reunidos por los sábios Jesuitas de Bélgica³ con objeto de la obra llamada *Acta*

¹ Patrocinio Virginis sanctissimae implorato, quae omnium mater est, domina, dux et magistra... (Breve de Gregorio XVI al Obispo de Rennes, de 3 de octubre de 1833).

² Lucas Wadding, *Ann. Minor.*, t. II, pág. 169, segun Mariano Florentino. Tambien san Buenaventura, *Medit. vitae Christi*.

³ Los trabajos de los Bolandistas, dados á la estampa, no llegan, como es sabido, mas que hasta mediados de octubre; pero hay preparados y puestos en órden una multitud de extractos y documentos sobre la historia de los Santos de cada dia hasta fin del año. Esta coleccion existe hoy en la biblioteca de Borgoña, en Bruselas. Los relativos á santa Isabel, reunidos por los Padres que viajaron *ad hoc* por diferentes conventos de Alemania á fines del siglo XVII, llenan los dos tercios de un tomo en folio comprensivo de diferentes documentos sobre los Santos del 19 de noviembre. Los pasajes que voy á citar los he visto allí bajo el epígrafe: *Revelationes Beatae Mariae factae Elisabeth, filiae regis Hungariae*. Una nota que no me fue posible descii-

Sanctorum, se encuentra la relacion detallada de estos sagrados coloquios, recogida conforme á las declaraciones y manifestaciones de la misma Isabel; y merced á tan preciosos documentos podemos admirar de léjos la dulce familiaridad y maternal solicitud con que María se asociaba á todas las emociones y crisis de que se veia agitado aquel corazon tierno y escrupuloso en demasía, siendo su auxiliadora en estas anteriores luchas, tan frecuentes en todas las almas predestinadas. Por esto emprendo sin temor, si bien compendiosamente, la relacion de estos interesantes y tiernos pormenores, animado por la confianza y piadosa admiracion que sin duda excitarán en todos los corazones verdaderamente católicos.

frar, indica el convento en que fue hallado el manuscrito; pero la comparacion de las letras me inclina á creer fue copiado y enviado por el P. Wilman, quien transmitió otras muchas piezas del tomo desde Wetzlar y sus cercanías donde él se hallaba en 1696. — Mr. Städtler, en la traduccion alemana de esta mi historia, ha reproducido en toda su extension estas revelaciones, que cree redactadas por el cronista franciscano Mariano Florentino, que murió en 1323, y es citado con este motivo por Wadding, *Ann. Minor.*

La dulce condescendencia de que fueron en su origen como selladas estas celestiales comunicaciones, excede á toda ponderacion. Buscaba cierto dia la afligida viuda en lo íntimo del pecho á su muy amado con fervor y amantes ansias, sin poder encontrarlo; y entonces el pensamiento se le fijó en las causas de la huida de Jesús á Egipto, acometiéndole un agudo deseo de que algun santo religioso se las explicara. Aparecióse de improviso la Virgen, y le dijo: «Si quieres hacerte mi discípula, yo seré tu maestra; y si quieres ser mi sierva, «yo seré tu señora.» Isabel, pensando cuán indigna era de honor tan alto, dijo: «Mas «¿quién sois vos que me quereis tomar por «discípula y por sierva?» María respondió: «Soy la Madre del Dios vivo; y te digo que «no habrá monje que así te instruya en lo «que saber quieres, como lo haré yo.» Á estas palabras, juntó Isabel las manos, y alargándolas hácia la Madre de las misericordias, que las tomó bondadosamente entre las suyas, oyó que decia: «Si quieres «ser mi hija, yo quiero ser tu madre; y «cuando te halles bien adoctrinada y obediente como buena discípula, sierva fiel é «hija afectuosa, yo te pondré entre las ma-

«nos de mi Hijo. Huye las disputas y cierra tus oídos á las injurias que te dirijan: «acuérdate de que mi Hijo huyó á Egipto «por escapar de las asechanzas de Herodes ¹.»

Tan maravilloso y extraordinario favor no bastó á tranquilizar completamente á Isabel; aumentóse á pesar de todo la desconfianza de sí propia; pero la Madre que tan generosamente la habia adoptado, no debia ya abandonarla. El dia de santa Águeda (5 de febrero ²), como ella llorase amargamente su desobediencia á las instrucciones de la Maestra divina, la dulce consoladora se presentó de improviso á ella, y dijo: «¡Oh hija mia! ¿por qué tanto desconsuelo? no te adopté yo por hija «para causarte estas aflicciones. No te desespere el no haber observado á la letra «mis preceptos; ya sabia yo que habia de «sucederle así. Reza una vez la salutación

¹ Illa manus iunxit et porrexit quas inter suas recepit B. Virgo... «Si vis esse filia, ego volo esse «tua mater; et quando eris bene instructa... ego te «mittam in manus Filii mei. Fuge contentiones... Recordare quod Filius meus, etc.» (*Miss. Bolland. Bruxel.*).

² Probablemente el año 1228.

«que me dirigió el Ángel, y esta culpa te «será perdonada ¹.»

Pocos dias despues, en la fiesta de santa Escolástica (2 de febrero), Isabel lloraba tambien sollozando con violencia; su infatigable consoladora vino á ella trayendo esta vez consigo á san Juan Evangelista, amigo especial y patron de la niñez de Isabel. «Tú me escogiste, dijo la Virgen, por señora y madre, y te entregaste á mí; mas «yo deseo que esta eleccion sea por tu parte «te públicamente confirmada; y para este «fin traje conmigo á mi amado Juan ².» Isabel juntó de nuevo las manos, y poniéndolas entre las de María, como hace una vasalla con su soberana, dijo: «Haced «de mí, Señora, como os plazca y fuéreis «servida con esta vuestra sierva.» Luego confirmó esta donacion que de sí misma ha-

¹ In festo sanctæ Agathæ, dum amarissime flet... Adfuit sibi vigilanti dulcissima consolatrix, et dixit: «O filia mea, quare te vehementer affligis? «Non enim te elegi in filiam, ut te offendam, etc.» (*Mss. Bolland. Bruxel.*).

² Coelestis imperatrix advenit... Tu me elegisti in magistram et matrem, et te ipsam tradidisti mihi; sed ego volo quod ista tua electio instrumento publico confirmetur, et ideo mecum dilectum meum Iohannem duxi. (*Ibid.*).

cia con juramento, y san Juan tomó acta de todo ello.

Otra noche, mientras Isabel rezaba el Ave María, se le apareció la saludada Señora, y le dijo entre otras cosas: «Quiero yo enseñarte todas las oraciones que yo hacia cuando estaba en el templo... Pedia principalmente á Dios la gracia de amarle por él mismo, y de aborrecer á mi enemigo. No hay virtud sin este absoluto amor de Dios, por el cual se infunde en el alma la plenitud de la gracia; mas despues que se infunde no mora en ella, sino que se escurre de allí como el agua, á no ser que el alma aborrezca á sus enemigos, esto es, los pecados y los vicios. Aquel, pues, que sabe conservar esta gracia de lo alto, debe saber combinar en su corazon este amor y este odio juntos ¹. Quiero que tú hagas todo cuanto yo hacia. Á media noche, me levantaba siempre, é iba al pié del altar á pedir á Dios la observancia de todos los

¹ Ego volo te docere omnes orationes quas ego faciebam dum stare in templo... Ab isto enim amore descendit omnis gratiae plenitudo. Postquam autem descendit, non perseverat in anima, sed fluit ut aqua, nisi inimicos suos, id est, vitia et peccata habuerit odio, etc. (*Ibid.*).

«preceptos de su ley, y le suplicaba me concediera las gracias de que necesitaba para serle agradable. Principalmente le pedia que me otorgara la de ver los tiempos en que viviría aquella Virgen santísima que debía parir á su Hijo, para que pudiera yo consagrarme toda entera á servirla y honrarla.» Isabel la interrumpió diciendo: «¡Oh dulcísima Señora! ¿pues no érais ya llena de gracia y virtudes?» Y la Virgen le respondió: «Ten por cierto que me contemplaba á mí misma tan culpable y miserable como tú te miras á tí propia; por eso pedia á Dios me concediera su gracia ¹.»

«El Señor, añadió la Virgen santísima, hacia conmigo lo que hace el tañedor con su arpa, cuyas cuerdas ordena y dispone de suerte que produzcan sonidos gratos y armoniosos, y despues se acompaña con ella mientras canta. De la propia manera había el Señor puesto mi alma, corazon, espíritu y todos mis sentidos de todo punto acordes con su voluntad santa ²; de suerte que, templada así y regulada por su

¹ O dulcissima Domina, non eratis vos gratia et virtutibus plena?... Pro certo scias quod ita me reputabam ream et vilissimam, etc. (*Ibid.*).

² De me faciebat Dominus sicut citharista de
5 HIST. STA. ISABEL.—TOM. II.

«sabiduría, era muchas veces llevada hasta
«el seno de Dios por los Ángeles; y allí gus-
«taba tales alegrías, dulzura y consuelo,
«que no me acordaba para nada del mun-
«do, cual si nunca en él hubiera vivido.
«Además me estaba yo allí con Dios y los
«Ángeles tan familiarmente, cual si toda
«mi vida la pasara en medio de aquella
«corte gloriosa ¹. Luego, cuando el Dios Pa-
«dre así lo disponía, los Ángeles volvían á
«llevarme al sitio donde me tomara aquel
«rpto en medio de mi oración. Al verme
«de nuevo en la tierra, y recordar dónde
«había estado y lo que allí hubiera visto,
«tal era el impetu y la llama de amor divi-
«no en que me sentía abrasada, que por
«afecto hácia el Criador me ponía á abrazar
«la tierra, las piedras, los árboles y todas
«las criaturas. Yo quería ser la criada de
«todas las santas mujeres que habitaban en
«el templo, y ansiaba someterme á las cria-

cithara multarum cordarum, qui, etc..., et postea
cantat cum ipsa. Sic Deus, etc. (*Ibid.*).

¹ Sic ipsius sapientia ordinata, ad sinum Dei
Patris portabar ab angelis, et ibi recipiebam tantam
consolationem et gaudium, etc. Tantam insuper fa-
miliaritatem habebam cum Deo et angelis suis, quod
videbatur mihi semper stetisse in illa curia glorio-
sa. (*Ibid.*).

«turas todas por amor al Padre supremo; y
«esto me acontecía sin cesar ¹. Lo mismo
«debieras hacer tú; y no que andas siem-
«pre discutiendo, y dices: *¿Por qué á mi
«tales favores si no soy digna de ellos?* Y de
«aquí esa especie de desesperación que te
«consume, y el no creer en los beneficios
«de Dios ². Cuida de no volver á hablar
«así, porque esto desagrada mucho á Dios;
«él puede dar y da, como Señor bueno, sus
«beneficios á quien le place, y, como Pa-
«dre prudente, sabe bien á quién convie-
«nen. En fin, dijo para acabar la soberana
«Maestra, he venido á tí por una especial
«gracia; te soy dada por toda esta noche;
«pregunta con toda seguridad, que á todo
«responderé.» Por de pronto no osaba Isa-
bel aprovecharse del permiso; pero instada
de nuevo por la Virgen para que pregun-
tara, aventuró la pregunta siguiente: «De-
«cidme, Señora, ¿por qué era en Vos tan

¹ Reversa in terram, ex hac recordatione divini
amoris ignita incendio, terram et lapides, ligna et
creaturas amplexabar, et osculabam illius amore qui
ipsas creaverat, et videbatur mihi esse ancilla, etc.
(*Ibid.*). Las mismas expresiones cásitrae Wadding.

² Sed tu semper litigas, dicens: *Quare, etc...*,
et in quadam desperatione cadens, beneficia Dei
non credis. Cave ne ulterius sic dicas, etc. (*Ibid.*).

«violento el deseo de ver á la vírgen que «debía dar á luz al Hijo de Dios?» Entonces la santa Vírgen le refirió, como mientras trataba de consolarse de la ausencia de las gracias sobrenaturales de que habló poco antes, habia venido á parar á esta idea, guiada por la lectura de los Profetas; como habia determinado consagrar á Dios su virginidad á fin de hacerse mas digna de servir á esta vírgen predestinada; como, en fin, Dios le revelara que esa vírgen era ella misma.

Algun tiempo despues, hallándose en oracion, se le apareció de nuevo su tierna Madre y le dijo: «Tú, hija mia, crees que «yo he tenido todas estas gracias sin ningún trabajo; pero no es así. En verdad te «digo que ni una sola recibí de Dios sin que «pusiera de mi parte el trabajo de la oracion continua, de ardientes deseos, devocion profunda, muchas lágrimas y muchas «pruebas soportadas. Está cierta de que al «alma no baja una sola gracia sino por la «oracion y la mortificacion corporal. Cuando hemos dado á Dios lo que buenamente «podemos por poco que ello sea, viene él «en persona á nuestra alma, trayendo consigo esos dones supremos que en cierto

«modo hacen desfallecer el alma, y borran «de la memoria todo cuanto haya podido «hacer agradable para Dios. Vese entonces «á sí misma mas vil y despreciable que «nunca. Y ¿qué hará en este punto el alma? Dar á Dios devotas gracias por sus «favores. Cuando Dios ve que el alma se «humilla y le da gracias, él en cambio le «hace promesas tan grandes y altas, que «exceden infinitamente todos los votos secretos del alma. Así lo hizo conmigo cuando me envió su arcángel Gabriel. Y yo «¿qué hice? arrodillada y juntando mis «manos, exclamé: *Hé aquí la sierva del «Señor; hágase en mí segun tu palabra.* Entonces Dios me dió su Hijo y los siete dones del Espíritu Santo; ¿sabes por qué? «por haber creído en él y humilládome en «su presencia. Dígote todo esto, hija mia, «porque quiero que te enmiendes de tu falta de fe y esperanza. Cuando el Señor te «haga alguna promesa, di como yo: *Hé aquí tu sierva*, y permanece firme en la fe «y esperanza de esta promesa hasta que se «vea cumplida; y si no lo fuere, dite á tí «misma, que por alguna falta tuya contra «Dios dejaste de merecer lo que por él te «fue prometido.»

«Durante la vigilia de Natividad Isabel, que estaba suplicando al Señor le concediese amarle de todo corazón, vió aparecérselle la Virgen otra vez, y oyó que preguntaba: «¿Quién es el que ama á Dios? ¿le amas tú?» Isabel no osaba afirmarlo, ni quería dar una respuesta negativa, y durante esta indecision continuó María: «¿Quieres que te diga quién le ha amado? Los bienaventurados Bartolomé, Juan y Lorenzo le amaron: ¿estás tú dispuesta á dejarte desollar y quemar viva como ellos?»

Seguia Isabel callada, y María repuso: «En verdad te digo que si consientes en despojarte de todo cuanto amas, de todo cuanto á tus ojos es precioso ó querido, incluso tu propia voluntad, yo me encargo de conseguir para tí el mismo merecimiento que alcanzó Bartolomé cuando le arrancaron la piel del cuerpo. Si soportas con paciencia las injurias, tendrás el mismo merecimiento que Lorenzo cuando fue casado vivo: y si cierras tu boca cuando veas que te insultan ó te dirigen ásperas reprensiones, tendrás el merecimiento que tuvo Juan cuando quisieron envenenarle: y en todo esto me hallaré yo á tu lado para auxiliarte y confortarte.»

Estaba Isabel cierto dia meditando en todas estas oraciones, que decia la Virgen haber hecho en el templo; y como anduviese discurriendo, por qué pidiera aquella alma inmaculada las gracias que ya poseia, vino María en persona á sacarla de sus dudas, usando con ella de infinita dulzura y extrema familiaridad: «Yo hice, dijo, lo que el hombre cuando quiere construir una hermosa fuente. Vá al pié de una montaña, y registra con cuidado el sitio de donde brotan los manantiales de agua; cava allí hasta dar con ellos, y luego los dirige hácia el punto donde quiere levantar la fuente. Luego adorna y purifica aquel sitio para que el agua se mantenga pura y clara; rodea la fuente con un muro; construye una coluna, y al rededor de ella coloca los caños por donde el agua salga á grandes chorros para refrigerio y consuelo de todos. Lo propio hice yo tambien: fuí á la montaña de la ley escrita; la lectura y oracion me enseñaron que la fuente de todo bien es amar á Dios de todo corazón: preparé la colocacion de la fuente, cuando concebí el deseo de amar todo cuanto él amaba: quise que el agua fuese clara y pura, cuando

«me resolví á huir del pecado y aborrecer-
«lo: formé el muro para circuir la fuente,
«cuando uní con el fuego de la caridad la
«humildad, la paciencia y la mansedum-
«bre, conservándolas así juntas y como
«amasadas hasta mi muerte. Levanté, por
«último, la coluna y construí los caños de
«salida para el agua de mis consuelos,
«cuando me constituyó el Señor en refugio
«universal, hallándome siempre dispuesta á
«derramar los consuelos y gracias de lo alto,
«en raudal abundante sobre todos cuantos
«me invocan, ó para sí ó para otros ¹. Te
«he revelado, dijo para acabar, amadísima
«hija, todas las oraciones que yo hacia, á
«fin de que con mi ejemplo aprendas á pe-
«dir á Dios con humildad y confianza todo
«aquello que hayas menester pedirle. ¿Sa-
«bes tú por qué las virtudes no están igual-
«mente repartidas entre los hombres? Por-

¹ Sic ego faciebam. Tunc ego ivi ad montem quando studui discere legem. Tunc venam inveni, quando, etc... Tunc muros erexi undique quando virtutem humilitatis, patientiae, benignitatis et mansuetudinis calore caritatis ignitas et coniunctas usque ad vitae exitum inseparabiliter conservavi... Parata sum omnibus pro se vel pro aliis postulanti- bus subsidium et solatium impertiri gratissime. (*Ibid.*).

«que no sabiendo todos, ni pedir las con tan-
«ta humildad, ni guardarlas con tanto es-
«mero como es debido, quiere Dios que el
«que no las posee sea ayudado por los que
«están adornados de ellas. Y yo quiero que
«tú puedas orar con fervor y devoción por
«tu salvación y la de los demás ¹.»

Al acabarse estos dulces coloquios, vió en cierta ocasión Isabel un soberbio sepulcro cubierto de flores, del cual vió que salía su divina consoladora, para subir al cielo en medio de una muchedumbre de Angeles que la conducían á los brazos de su Hijo: esta visión de la Asunción ² se la explicó un Ángel, y sirvióle al propio tiempo de celestial favor para sostenerse en medio de sus presentes infortunios, y de dulce presagio de la gloria que Dios la preparaba, como á la Virgen, si perseveraba hasta el fin en la fidelidad y sumisión á la voluntad divina.

Cuando la humilde sierva de Cristo con-

¹ Propterea, charissima filia, orationes quas ego faciebam tibi revelavi... Scis quare virtutes non sunt aequanimiter datae? Quia nescit una persona, etc... Dico tibi quia volo, te pro tua et aliorum salute orare solícite et devote. (*Ibid.*).

² Suplemento al manuscrito de Teodorico, en Cassel.

taba estas maravillas, decia tener de todas ellas tan íntima y clara evidencia, que prefiriera morir á negar su existencia y verdad.

Así es como Dios comenzaba á corresponder á su fiel sierva. La ve viuda solitaria, y se da á ella á sí mismo por esposo; la ve en medio de su juventud, turbada y llena de desaliento, y le da por señora y madre aquella que es á un tiempo Madre de dolores y misericordias; y al alma despojada de todos los bienes de la tierra le pone de manifiesto, ya en la tierra, los imperecederos tesoros del cielo.

CAPÍTULO XX.

Que la amada santa Isabel no quiso volver á casarse; y de como consagró su traje de novia á Jesús, esposo de su alma.

Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi, qui pascitur inter lilia.

(Cant. vi, 2).

La verdadera viuda es en la Iglesia una pequeña violeta de marzo, que esparce una suavidad incomparable con el olor de su devocion, guardándose casi siempre escondida debajo de las grandes hojas de su abalimiento... nace en lugares frios é incultos, guardándose de la conversacion de los mundanos para mejor conservar la frescura de su corazon contra todos los ardores que el deseo de bienes, de honras y tambien de los amores, le pueden causar.

(San Francisco de Sales, *Vida devota*, parte III, cap. 2).

No podian menos los parientes de Isabel de compadecerse de ella y tomar la mano en sus negocios, tan pronto como llegara á su noticia la posicion angustiosa y triste á que estaba reducida toda una princesa de ilustre sangre, y emparentada con las familias mas poderosas del santo Impe-